



LEOPOLDO NARVAEZ.— J. RUBEN ES  
TRADA.— VICENTE D. PIEDRA.— MI-  
GUEL A. DARQUEA.— ULISES NARAN-  
JO.— La evolución política  
del 11 de Agosto de 1911— Re-  
lato de sus autores.

Quito. 1911.

Manuel Moreno— Rasgos históricos  
cos del 11 de Agosto de 1911—  
Cómo caen los tiranos.

Quito. 1911.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION ADMINISTRATIVA



**LA EVOLUCION POLITICA**

DEL

**11 DE AGOSTO DE 1911**

RELATO DE SUS AUTORES

BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITO

QUITO

Imprenta y Encuadernación Nacionales

1911

*Leopoldo Narvaes*

*J. Ruben Narvaes*

*Vicente S. Piedra*

*Miguel A. Darguea*

*Ulises Narvaes*



# La evolución política

DEL

11 de Agosto de 1911

*Biblioteca Nacional*

RELATO DE SUS AUTORES

*Leopoldo Narvaez — J. Ruben Estada —  
Vicente S. Piedra — Miguel A. Sarguea  
Alfons Naranzo —*

QUITO

Imprenta y Encuadernación Nacionales

1911



## AL LECTOR

---

Si es cierto que la historia no ha de escribirse á raíz de los acontecimientos, no lo es ménos que es un deber de quienes tuvieron parte en los hechos, que son el contenido de esa misma historia, suministrar al futuro historiador los datos necesarios, para indagar la verdad y exponerla sin falsedad y sin pasión.

Datos y detalles: he ahí todo lo que contiene este folleto, en el que se han recopilado las informaciones de la mayor parte de los ecuatorianos que actuaron, desde sus comienzos, en la evolución política que terminó el 11 de Agosto de 1911.

De caso pensado, nos abstenemos, en esta relación, de emitir juicios y apreciaciones sobre los hechos consumados y los hombres que, amigos ó enemigos, han figurado á un lado y á otro en estos acontecimientos memorables.

La crítica histórica pertenece al historiador; la sencilla narración corresponde, por



derecho, á quienes expusieron su vida, antes y durante esa gloriosa jornada.

Desprovisto de todo adorno literario, este folleto está dedicado al Ecuatoriano que, en calma y sin pasión, quisiera escribir, más tarde, la historia política contemporánea. Estas páginas no son para los hombres de hoy, sino para la posteridad.

# La evolución política

DEL

11 DE AGOSTO DE 1911

---

RELATO DE SUS AUTORES

---

El 3 de Julio de 1911, mano aleve y criminal, movida por los que están acostumbrados á la intriga y al delito, arrebató de nuestro lado á un hombre, que, en su cerebro y en su mano, tenía la salvación del honor ecuatoriano, próximo á ser mancillado y vendido en las encrucijadas de la política.

El General Emilio María Terán comenzó á organizar, á raíz de las elecciones presidenciales de Enero, un movimiento militar, encaminado á salvar la Constitución de la República, en el seguro caso de que el General Eloy Alfaro pretendie-

ra pisotear, una vez más, la Ley Fundamental de la Nación. De la magnitud y habilidad de ese trabajo, puede juzgarse por los resultados de la evolución política del 11 de Agosto, fecha que será grabada, indudablemente, con caracteres de oro en la Historia del Ecuador.

La grandiosa obra iniciada por Emilio María Terán parece que debía desaparecer juntamente con su preciosa existencia: quiso, empero, la suerte que, pocos días antes de ser asesinado, indicara el General á la patriota y digna matrona Doña Isabel Palacios de Espinosa, la conveniencia de poner al Sr. Emilio Estrada al corriente de la evolución en ciernes: así se hizo, en efecto, por medio de una carta dirigida á su esposa Doña Lastenia Gamarra.

Otra feliz circunstancia, fué la de que, un cuarto de hora antes de ser victimado, el General Terán tuviera una reunión con los suscritos á á quienes, como postrera orden, precisaba á tener por bandera la Constitución y por nombre el del Presidente Electo: "Mi gloria, decía, será entregar la plaza de Quito al designado por la Ley".

El General, con razón, había organizado su movimiento valiéndose de elementos aislados: forma que favorecía el sigilo sin dejar de asegurar el éxito. Fue así como, junto á él, trabajábamos los autores de este relato, en íntimo consorcio con Dn. Carlos Espinosa Coronel y su señora Doña Isabel Palacios de Espinosa, que fueron el lazo de unión entre los reivindicadores y Estrada: esta espiritual y dignísima mujer fue el alma y el aliento de los trabajos posteriores.

Por otra parte, el General Manuel A. Franco, Dn. Manuel Moreno, Ernesto Franco y el Dr. Carlos Bermeo, prestaban el contingente de su buena voluntad, de sus consejos y de su dinero para la obra salvadora.

Más allá, encontramos á esos héroes anónimos, á quienes debemos salvarlos del olvido, á los patriotas silenciosos, á los soldados humildes, pero heróicos, que fueron el encanto de Terán y los ejecutores de su idea: Echeverría, Benavides, Jaramillo de la Esmeraldas; Polo, Mora, Garrido, Novoa, Guerra de la Bolívar; Bustos, Mafla, Navarrete, Jurado y Castillo del Pichincha, hombres todos convencidos y de ningún modo ignorantes de la patriótica tarea en la que Emilio Terán les dirigía; hombres cuya sencilla lógica era: "Si votamos por Estrada, por Estrada pelearemos: no somos muñecos, para que se nos obligue á cambiar de opinión". Tal era, á grandes rasgos, el mecanismo que existía á la muerte de Emilio Terán: cuatro grupos de patriotas, cuyas voluntades convergían al mismo fin; una carta dirigida á la esposa de Estrada, y una orden última de Terán á sus amigos, que fue la condensación de su postrero y único deseo: la Constitución á todo trance.

5 de Julio.— La mañana que precedió á la tarde en que llegaba á Guayaquil el correo conduciendo la carta de la Sra. Espinosa, salió de Durán un tren expreso en el que regresaba el entonces Presidente Alfaro, acompañado de Víctor Emilio Estrada, hijo del Presidente Electo, quien traía á la capital encargos políticos de su padre, ignorando, eso sí, el trabajo que en Quito existía á la muerte de Emilio Terán. El 7 de Julio por la mañana, Víctor Estrada entró de visita al cuarto del Hotel Royal en que se alojaba el Comandante José Miguel Ribadeneira, donde encontró al Comandante Rubén Estrada, á quien fué presentado. El Comandante Estrada le notificó que ese día tendrían una reunión en casa de la Sra. Espinosa: creyó Víctor Estrada que algo social se le anunciaba, hasta que visita-

do por Dn. Carlos Espinosa, comprendió que se trataba de asuntos altamente políticos.

A la hora fijada, el 7 de de Julio, estuvo Víctor Estrada en casa de los esposos Espinosa-Palacios quienes, dicho sea de paso, son parientes del Sr. Estrada. Allí, la Sra. Isabel le puso al corriente de los mínimos detalles de la conspiración, y le manifestó que los cuatro Jefes creían inútil toda empresa, una vez que había desaparecido el iniciador de la idea y de la obra. Pero, latente aún la última orden de Terán á sus amigos, existiendo la carta de la Sra. Espinosa á la Sra. Estrada, y vivo todavía el honor de ecuatorianos y el sentimiento de patriotas, la Sra. Espinosa juzgó lo más acertado continuar la obra, una vez que había en Quito quien representara al Sr. Estrada. En dicha conferencia, la Sra. Palacios Espinosa manifestó á Víctor Estrada deseos de presentarle á Dn. Manuel Moreno, íntimo amigo del General Franco, idea que fué aceptada por Estrada, con el fin de unificar el trabajo y de estrechar las relaciones de los grupos aislados de conspiradores.

A esto se añadía la circunstancia de haber traído Víctor Estrada de Guayaquil, entre otros, el encargo de proponer al Gral. Franco la Cartera de Guerra, idea que por entonces obtuvo el beneplácito del Presidente Alfaro, aunque pocos días después cambió de opinión. En esta primera reunión en casa de Dn. Carlos Espinosa, se resolvió entre dicho caballero, su señora y Víctor Estrada que al día siguiente serían presentados Dn. Manuel Moreno, primero, y después los que estas líneas escriben.

8 á 13 de Julio.—Preciso es advertir que en este lapso de tiempo, Víctor Estrada no cruzó con el Sr. Manuel Moreno una sola palabra sobre

conspiración, limitándose el trabajo á ponerse de acuerdo con los suscritos.

Se arrendó, entonces, una habitación en la esquina de la Plaza de Santo Domingo, con el objeto de que Víctor Estrada conociera y tratara allí á los sargentos y soldados que habían trabajado con Terán y á quienes sólo nosotros conocíamos. Por ese cuarto pasaron en esos días más de cincuenta sargentos y soldados de los Regimientos Esmeraldas, Bolívar y Batallón Pichincha, jurando su adhesión á la constitucionalidad. Cómo cumplieron su juramento, puede atestiguarlo el pueblo de Quito, que vió á esos soldados ponerse á la altura de su deber el 11 de Agosto.

En casa de Dn. Carlos Espinosa se efectuaban diariamente reuniones entre dicho señor, la señora Isabel, los suscritos y Víctor Estrada, reuniones en las que se tomaron las medidas conducentes á proceder con seguridad y con probabilidades de éxito. Se discutían planes sobre los posibles eventos: la Dictadura de Alfaro, la Revolución Flavista, y la nulidad de las elecciones.

Entre tanto, Franco aceptó la Cartera de Guerra, de cuya aceptación tuvo conocimiento Dn. Manuel Moreno en estos días. Este caballero continuaba sus trabajos, cruzando ideas con el General Franco, con su hijo Ernesto y con el Dr. Bermeo. Por nuestra parte, el trabajo se dirigía á los hechos y laborábamos con la tropa misma, con la que felizmente no eran necesarias muchas palabras; pues en cada sargento, en cada soldado encontrábamos ya lozanos los frutos de la semilla sembrada por Terán: el pensamiento del soldado fué unánime, y, por lo mismo, el éxito seguro.

Hasta el 3 de Julio, el indispensable agente en estas ocasiones, el dinero, fué suministrado al General Terán por Dn. Manuel Moreno, Ernesto

Franco y Dr. Bermeo. En suma, se habían gastado hasta ese día \$ 3.460 más ó menos, cantidad exigua, desde luego, y empleada en gastos de postas, coches, espionaje, agencias, y en uno que otro agasajo á las familias de soldados en desgracia. A partir del 3 de Julio hasta los días en cuya relación estamos, 12 á 13 del mismo mes, la conspiración careció absolutamente de dinero, pero la buena voluntad y el propósito firme suplieron las deficiencias anotadas. Tal estado de cosas indujo á los conspiradores á indicar como conveniente un viaje de Víctor Estrada á Guayaquil, con el objeto, tanto de poner al Sr. Estrada al corriente de los trabajos efectuados, como de conseguir los medios necesarios para continuar la obra comenzada, y las instrucciones precisas para terminarla, de acuerdo con el Presidente Electo, quien estaba aún muy lejos de convencerse de la perfidia de Alfaro.

El joven Estrada regresó á Guayaquil, más ó menos el 13 ó 14 de Julio, permaneciendo allí 5 ó 6 días.—Mientras tanto, en Quito, continuábamos nuestras labores, sin desmayar un momento.

Dn. Manuel Moreno con el General Franco y su hijo Ernesto seguían de cerca los movimientos de la política del Presidente Alfaro, llegando á convencerse de que preparaba éste un golpe de Estado. Con tal motivo, y comprendiendo Dn. Manuel Moreno que era necesaria en Quito la presencia de Estrada, se dirigió á la oficina de Teléfonos, y á nombre de Dn. Carlos Espinosa Coronel, pidió á Guayaquil una conferencia con el Sr. Estrada, á las ocho de la noche. Estrada estaba enfermo y envió á su hijo al teléfono. Dn. Carlos Espinosa fue avisado por Dn. Manuel Moreno de que había dado una cita en su

nombre; pues no le ligaban relaciones íntimas á Estrada, ni tenía, en apariencia, motivo para llamarlo al teléfono. Dn. Carlos Espinosa se limitó á indicarle al hijo de Estrada la urgencia de que el Presidente electo viniera á Quito en el acto. Acogida la idea, resolvió su viaje y llegó á Quito, miércoles á medio día.—El Presidente Alfaro estuvo en la Estación á recibirlo.—Aque-lla noche se presentaron en casa del Sr. Estrada tres de los sargentos de la “Bolívar”, Polo, Mora y Garrido á conocer al Presidente electo y renovar-le sus promesas.

Con la llegada del Sr. Víctor Estrada volvieron á reanudarse las conferencias con la Sra. de Espinosa, Dn. Carlos Espinosa y los infrascritos, que fuimos presentados al Sr. Estrada, aunque, por precaución, ninguna reunión tuvo lugar en casa del Presidente Electo, cuyo hijo, por otra parte, tenía plena autorización para proceder, como en efecto procedía, en íntima confianza y recomendable acuerdo con el Sr. Espinosa, su esposa y los autores de este escrito.

Uno de los factores del éxito fue la uniformidad de pareceres entre todos los conspiradores: nunca el menor desacuerdo turbó el curso de los trabajos, y el más cordial afecto, cual si hubiera sido el de una amistad antigua, enlazaba á este reducido grupo de ocho personas, cuya alma era la patriota señora Palacios de Espinosa.

Conocedores del trabajo que también hacía el grupo del General Franco, Moreno, Ernesto Franco y Bermeo, el joven Estrada, siempre con la idea de unificar el trabajo, trató y obtuvo que Dn. Manuel Moreno, el Dr. Bermeo y después el joven Franco entablaran relaciones con nosotros. Desde entonces la actuación de Dn. Manuel Moreno y los suyos fue bastante directa en las vías de hecho, por las que francamente nos decidimos en vista de



la actitud que asumió el Presidente Alfaro y algunos de sus más íntimos amigos.

En efecto, de todos es conocida aquella conferencia en la que el General Alfaro y sus amigos se presentaron ante el Sr. Estrada á insinuarle la conveniencia de retirarse de la Política. Desde ese momento, los trabajos tomaron mayor incremento en los cuarteles: los soldados, indignados con el proceder del Presidente Alfaro, frecuentaban ya sin embozos la casa del Sr. Estrada, el departamento arrendado en la plaza de Santo Domingo, la casa del Sr. Espinosa Coronel y acudían á citas en calles apartadas. En estas difíciles tareas, injusticia sería escatimar la parte de gloria que corresponde á los sargentos y soldados que procedieron con sin igual sigilo, correspondiendo á la confianza que en ellos se depositó: nombres son éstos que la historia debe consignarlos, para sacarlos de la oscuridad en que yacen: Mora, Benavides, Polo, Garrido, Tocaín (muerto el día 11), Mafla, Bustos, Navarrete, Estrada, Castillo, Jurado, Novoa, Guerra y muchos otros.

Un nuevo elemento vino á juntarse en esos días: el maestro de la banda del Esmeraldas, Mayor Echeverría, quien visitó al joven Estrada, para ofrecerle el apoyo de su gente, de acuerdo con el sargento Benavides de ese Regimiento. La primera visita de Echeverría á Estrada fue un fracaso, por haberse presentado sin comprobante alguno, circunstancia que indujo á Estrada á mostrarse desconfiado hasta el extremo. No desmayó Echeverría, hasta hacer comprender quién era, y fue, en el momento preciso, importante factor de nuestra causa.

El aspecto que tomaba la política obligó al Sr. Estrada á regresar á Guayaquil. En vista de esta resolución, los suscritos y Dn. Manuel Moreno,

por indicaciones de la Sra. Espinosa, decidimos pedir al Sr. Estrada que dejara en Quito á su Sr. hijo para que lo representara, y con instrucciones precisas y terminantes, no obstante ser uno de los principales factores de la evolución y conocer, por lo tanto, sus menores detalles. Así fue, y arreglóse, para el efecto, una clave entre el Sr. Estrada y su hijo, quien la entregó, á su vez, á la Sra. Espinosa, que la conservaba en un cinturón de seda de su uso, para mayor seguridad.

Los trabajos marchaban ya de acuerdo con Dn. Manuel Moreno, Ernesto Franco, el Dr. Bermeo y seguramente con el General Franco, cuya intimidación con Moreno era para nosotros muy favorable. Sin embargo, las reuniones con los soldados y sargentos presenciábamos sólo nosotros y el joven Estrada, ya en casa de éste, ó bien donde Espinosa, ó en la habitación de la plaza de Santo Domingo. El Sr. Estrada trajo de Guayaquil cinco revólvers "Colt" que fueron obsequiados á cada uno de nosotros.

Escaseaba ya el dinero para gastos indispensables; mas, gracias á la Sra. Palacios de Espinosa, obtuvimos de su hermano Dn. Nicanor Palacios un préstamo de cinco mil sucres, cuyos intereses no hizo efectivos, no obstante haberlos estipulado en el documento respectivo, garantizado con las firmas de Dn. Carlos Espinosa, Manuel Moreno y Víctor Estrada. Este, á su vez, hizo á Guayaquil pequeños giros, para no despertar sospechas, hasta completar la cantidad de \$ 1.800. Con estas cantidades se pudo dar mayor impulso á la obra. \$ 500 fueron enviados á Ibarra al Sr. Víctor Romero y otros \$ 500 á Dn. Pedro Celestino Acosta á Tulcán, por medio de un posta de confianza, el activo joven Cevallos, amanuense del Dr. Bermeo, quien fue portador, también, de ins-

trucciones escritas y lacónicas, firmadas por Víctor Estrada á nombre de su padre.

Ordenes se dictaban ya á los soldados y sargentos comprometidos, previniéndoles estar listos para cualquier momento. En estos mismos días, Leopoldo Narváez provocó una reunión de treinta jóvenes de la juventud quiteña, á quienes deseaba presentar al joven Estrada. Estos jóvenes acogieron á Estrada con gran entusiasmo, y desde entonces ese grupo de selecta juventud fue otro factor importante de la gran obra patriótica.

El gremio de cocheros, encabezado por José Cevallos, que guardaban por el General Terán respetuosa memoria, no se quedó atrás en la terminación de la obra que dejó trunca el malogrado General, y, dirigidos por Narváez, fueron el entusiasmo y la fidelidad en persona, antes y durante el 11 de Agosto.

Teníamos, pues, en los días precedentes al 10 de Agosto, todo nuestro cuerpo de conspiradores enteramente listo á recibir la orden de ataque y cumplirla sin vacilaciones. La impaciencia empezó á apoderarse de nuestros ánimos, al ver el escarnio incalificable que de la Ley hacía á ciencia cierta y casi públicamente el Gobierno del General Alfaro.

Corrieron, en esos días, rumores de que el Regimiento Esmeraldas, primero, y el N<sup>o</sup> 4<sup>o</sup> después, iban á ser desarmados, previendo el Gobierno su fidelidad á la Constitución. Costó trabajo convencer al valiente Benavides que contuviera sus patrióticos anhelos, pues entre los conspiradores predominaba el deseo de mantener hasta última hora y hasta el extremo posible la bandera de la Constitución. El General Franco, Manuel Moreno, Carlos Espinosa y Estrada eran de este parecer que, á su vez, rebatían los autores de estas líneas.

El 8 de Agosto, el Gobierno tuvo algún dato de la conspiración, y apresó al Sargento Benavides, á quien le aplicaron en la Policía la máquina eléctrica, sin poder arrancarle la menor confesión. Tirso Polo, de la Bolívar, también fue apresado y tampoco obtuvo el Gobierno nada de él.

Mientras tanto, esos momentos eran de angustiosa expectativa para todos nosotros. La Sra. Palacios de Espinosa, su esposo, Dn. Leopoldo Narváez, Manuel Moreno, Ernesto Franco y Víctor Estrada comprendieron que era necesario tomar una resolución pronta, y convinieron en que el Sr. Manuel Moreno fuera á Pomasqui en donde se hallaba el General Franco con su familia. Moreno partió en coche á las seis de la tarde, durmió en Pomasqui y al día siguiente, muy de mañana estaba de regreso en su casa acompañado del General Franco. Allí fue Estrada á conferenciar con los dos, ya decidido á dar el golpe. Puesto al corriente de lo acontecido con los sargentos, y dada la inminencia del peligro, caso de una delación, se mostró el General Franco enemigo de dar el golpe antes del 31 de Agosto, alegando la razón de la Constitucionalidad, cuya bandera, dijo, debíamos conservar á todo trance. Víctor Estrada alegó que el día anterior apenas, el General Alfaro había hecho firmar á los cuatro Jefes de Cuerpo, un telegrama dirigido al Presidente Estrada, telegrama que, sobre ser uno de los mayores escándalos que diera la administración de Alfaro, envolvía, tácitamente, la declaración de romper la Constitución, y que si, por menores motivos, el Ecuador se había levantado ya contra Alfaro, ahora teníamos, junto con la razón, el apoyo de todo el pueblo y del ejército. En vista de la negativa del General Franco, Estrada se despidió de él y de Dn. Manuel Moreno, cuya opinión más

se inclinaba á esperar el 31 de Agosto, á no ser que se proyectara contra nosotros algo decisivo.

El 10 de Agosto se efectuó un desfile militar en el Ejido, al que asistió el Presidente Alfaro. Como circularan rumores de que el golpe dictatorial debía darse en ese día, la conspiración tomó sus precauciones, así para cuidar los alrededores de los cuarteles, como para contrarrestar toda tentativa en el Ejido. A la tropa del Pichincha se le ordenó sacar doble cantidad de municiones. Un soldado dejó caer un cargador con 5 tiros y "La Prensa", al anotar ese detalle, atribuyó á órdenes de Alfaro, cuando, en realidad, fue prescripción de los Conspiradores.

Junta General hubo el 10 de Agosto, después de la Revista Militar, y como ninguna declaración habían conseguido de los sargentos presos, se aplazó la resolución final. Los ánimos estaban exaltados, aun en los opuestos al golpe: todos comprendían que algo grave se iba á realizar.

En este día Víctor Estrada recibió, por intermedio de Dn Manuel Moreno y del Dr. Carlos Bermeo, la propuesta de un grupo de liberales de filiación placista, ofreciéndonos su apoyo con la condición de que el Presidente Estrada lanzara un manifiesto, desligándose de Alfaro públicamente y ofreciendo hacer la guerra á los conservadores. Esos caballeros, como era natural, no sabían nada de la conspiración, y la respuesta de Estrada fue negativa, fundándose en el hecho de que, estando lista la revolución, no eran necesarios, *por el momento*, nuevos elementos, que vinieran á participar de un trabajo independiente de ellos, y llevado casi á la cima por el esfuerzo de individuos, cuya filiación política se debía respetar. Con todo, á modo de evasiva, Estrada agregó que, necesitándose fondos para la revolu-

ción, \$ 20.000 serían el mejor apoyo para nuestra causa.

Con esta ocasión, suscitóse un incidente desagradable. En la lista de proponentes presentados por Dn. Manuel Moreno, figuraba el nombre del Dr. Carlos Bermeo, ya íntimamente ligado á nosotros, hacia algunos días. Narváez observó, con razón, que no debía figurar ese nombre entre quienes proponían condiciones para apoyarnos, siendo ya el Dr. Bermeo uno de los nuestros, y estando al corriente de la mayor parte de los detalles de la conspiración. Esta observación de Narváez fue tomada por Moreno como una ofensa á Bermeo, y un desagradable incidente siguió á esta polémica; pues Moreno declaró terminantemente que se separaba de la política, á la que calificó de sucia, y dió por terminada su participación en el movimiento evolutivo. Cuántas súplicas se le hicieron fueron inútiles, y salió de casa de la Sra. Espinosa completamente desligado de los conspiradores. La Sra. Isabel creyó del caso llamar á Bermeo y explicarle lo sucedido, quien, á su vez, manifestó que su nombre figuraba en la lista por el hecho de haber sido el intermediario y nada más, y que de ningún modo ponía condiciones para prestarnos su cooperación, la cual, como antes, seguiría siendo decidida. Fue llamado de nuevo el Sr. Moreno, y se volvió á excusar, para seguir participando de nuestro trabajo.

En estos momentos entraron los Comandantes Darquea y Estrada Rubén á comunicarnos que otros sargentos iban á ser aprehendidos; y que el Gobierno maliciaba bastante lo que sucedía, datos que nos ponían en el caso de resolver cuanto antes este asunto de vida ó muerte para nosotros. En vista de esto, Víctor Estrada, en presencia de Dn. Manuel Moreno, y con el beneplácito de la

Sra. Palacios Espinosa, su esposo y Leopoldo Narváez, indicó á los Jefes allí presentes, que el golpe debía darse al día siguiente, 11 de Agosto, á las 10 de la mañana.—Puesto á discusión, quedó aprobado, por mutuo acuerdo, el siguiente plan:

a) El apoyo de un grupo de cuarenta jóvenes.

b) El apoyo de otro grupo de cuarenta cocheros, encabezados por José Cevallos y Cortés.

c) La toma de los cuarteles "Bolívar", "Esmeraldas", "Pichincha" y Policía, encomendada respectivamente á Naranjo, Piedra, Darquea y R. Estrada.

d) La prisión del General Alfaro donde se hallase, por un grupo de jóvenes.

e) La prisión de Flavio Alfaro, por otro grupo de cocheros.

f) El apoyo del Regimiento N° 4° de Artillería, donde el Capitán Benalcázar ofreció secundar el golpe y defender la Constitución, entregando armas á los jóvenes que debían presentarse allí.

g) Ordenes y datos se comunicarían en casa de Víctor Estrada, calle del Correo, hasta media hora antes de las 10 del día, y desde las 8 de la mañana del 11.

Los últimos restos de dinero recibió Narváez para comprar revólveres. Dos docenas de machetes que estaban en poder de Dn. Carlos Espinosa, fueron entregados al mismo, para ser distribuidos entre los cocheros.

Un trabajo de titanes se llevó á cabo esa noche, dirigido por Leopoldo Narváez y el Dr. Bermeo, secundados por los infrascritos Jefes quienes, á su vez, dieron órdenes á sus respectivos cuerpos.

El entusiasmo fue grande entre la tropa. Días antes los Comandantes Solano de la Sala y Andrade, los Ttes. San Pedro, Bonilla y más ofi-

ciales que tenían conocimiento del asunto, fueron notificados para ocupar su respectivo lugar en las artillerías. El Mayor Andrade, 3er. Jefe del "Pichincha", que también había tenido entrevistas con los conspiradores y ofreció sostener la Constitución, fue notificado que peligraba la Ley Fundamental, si se permitía que el General Alfaro continuara un día más en el Poder. El Dr. Bermeo comprometió esa misma noche al Coronel Juan Francisco Navarro, y Narváez al Mayor Ricardo Montenegro. El Mayor Puente también fue avisado del asunto. Citó Narváez á los jóvenes y á los cocheros para comunicarles órdenes esa madrugada.

La Sra. Isabel de Espinosa, Dn. Carlos Espinosa, Leopoldo Narváez, Carlos Bermeo, Víctor Estrada y los firmantes eran, por decirlo así, el Estado Mayor, que había sesionado hasta última hora. El General Franco, resuelto á no tomar parte en nada hasta el 31 de Agosto, no pudo acompañarnos. Dn. Manuel Moreno, disgustado el día anterior, se mantuvo inquebrantable en su resolución de no tomar cartas en la conspiración, aunque al día siguiente lo vimos combatiendo valerosamente con una guerrilla del "Esmeraldas". Ernesto Franco se mantenía un tanto alejado, si bien es cierto que, dos ó tres días antes, en vista de la prisión de los sargentos, opinó delante de la Sra. Espinosa y de Víctor Estrada que era necesario dar el golpe decisivo.

Los demás elementos estaban prontos para secundar nuestro trabajo. El Coronel Navarro, Montenegro, Solano de la Sala, Andrade, Puente, Echeverría, el Capitán Cruz, separado el día anterior de la "Bolívar", Baquero y Encalada de la Policía, estuvieron en el puesto señalado al día siguiente.



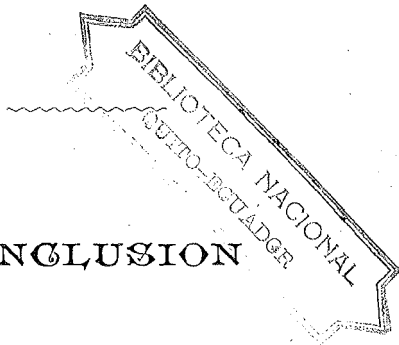
Durante la noche que precedió al 11 de Agosto, se repartieron revólveres y machetes á los cocheros y á los jóvenes, y la orden fue transmitida á cada grupo para dar el golpe á las diez del medio día. Sin embargo, al amanecer del 11, Bermeo y Naranjo se presentaron en casa de Dn. Carlos Espinosa, donde estaba Víctor Estrada y dieron aviso de que el 3er. Jefe del Pichincha no opinaba aun por precipitar los acontecimientos; razón por la cual, se mandó recado al hermano del Comandante Andrade, para que lo convenciera, y, al mismo tiempo, á la tropa del Pichincha se le notificó que, el golpe se daría, aun con la resistencia de los Jefes. La respuesta de la tropa fue satisfactoria, y el Mayor Andrade optó por nuestra resolución. Entre tanto, Víctor Estrada se retiró á su casa, á las ocho de la mañana, á donde ordenó se dirigieran todas las comunicaciones.

El tropiezo habido con el Pichincha fue causa de que el golpe se postergara hasta la una. Tan ordenado y meditado se había hecho el trabajo, que la contra-orden para las 1 p. m. fue transmitida correctamente hasta el último comprometido, y todos supieron, casi en el acto, que se daría el golpe á la 1 p. m.

Al mismo tiempo, á los principales Jefes y amigos se les comunicó que Estrada estaría en su casa hasta las 12 y media, y que de esa hora en adelante las novedades debían transmitirse á la Plaza de la Independencia, casa de la familia Dueñas. Toda la mañana recibieron noticias satisfactorias, y tan perfecta y con tal decisión fue la labor de los comprometidos y amigos, que, á las 9 de la mañana, de todas partes llegaba el aviso de estar listos y resueltos. Desde ese momento empezaba el peligro inminente en un asunto que era ya conocido por cuarenta jóvenes,

cuarenta cocheros y casi todo el Ejército. El gran mérito de esta labor consiste en la decisión jamás vista de la tropa; en el sigilo de los jóvenes y de los cocheros y en el desinterés y abnegación de cuantos tuvieron parte en la heroica evolución política del 11.

Con Estrada almorzaron esa mañana el Dr. Rafael Arteta, Arturo Dueñas y el Dr. Tomás L. Rolando. Los dos primeros, avisados de los sucesos que iban á realizarse, se prestaron Arteta á juntarse con los que atacaran la Artillería y Arturo Dueñas á acompañar á Estrada á la Plaza de la Independencia. A las 12 y media Estrada bajó de su casa y fué á esperar noticias á la casa de la familia Dueñas. Todos los informes que llegaban eran favorables. Marcando el reloj de la Merced la 1 menos 5 minutos, sonaron los primeros tiros en la "Bolívar". Cado uno estuvo en su puesto en los cuarteles y á los 5 minutos la suerte estaba decidida.



## CONCLUSION

Aquí deberíamos insertar los partes que cada uno de los infrascritos Jefes dirigió al Sr. Dn. Víctor Emilio Estrada, á quien considerábamos como á Jefe de nuestras operaciones; pero nos abstenemos de hacerlo, ya porque esos documentos forman parte de la sencilla

relación que contienen estas líneas, como porque no queremos dar mayor extensión á este folleto.

No obstante, quedaría trunco este relato, y nuestros lectores no podrían apreciar, cual merecen, los acontecimientos del 11 de Agosto, sino consignáramos en este lugar algunos nombres de esclarecidos patriotas que, á la sombra de la Constitución y de las leyes, tremolaron, en esa magna fecha, el estandarte de la Libertad: el bizarro Coronel (hoy General) Juan Francisco Navarro, que nos acompañó, intrépido y sereno, en los sitios de mayor peligro y en los momentos de mayor angustia y excitación: el actual Intendente, Sr. Federico Fernández Madrid, que, antes de la 1 p. m. del día 11, se constituyó, acompañado de algunos cocheros, en la Plaza de la Independencia, mirando de frente al peligro y desafiando el furor de los esbirros: el Excmo. Sr. Ministro del Brasil y el Sr. Dr. Londoño, Secretario de la Legación de Colombia, cuya misión diplomática evitó la efusión de sangre hermana y contribuyó poderosamente al afianzamiento de la paz en la capital: Víctor Emilio Estrada, tipo distinguido del talento y del valor, que sonreía ante el peligro y tendía á los vencidos su mano cariñosa: Manuel Moreno, en fin, que, á pesar de haber quedado la víspera completamente desligado de todo compromiso con nosotros, y aún de haber protestado que no tomaría parte en la política, nos sorprendió al día siguiente con su presencia, desde los primeros

instantes, en la esquina del cuartel de la Artillería Bolívar y avanzando, intrépido, á pesar de los repetidos disparos que se hacían de las ventanas del Ministerio de la Guerra contra los soldados que salían del cuartel y contra el pueblo que acudía allí á tomar las armas reivindicadoras.

El Sr. Moreno, tranquilo y valeroso, como siempre, parece que se multiplicaba en todos los lugares donde era necesaria su presencia: de ahí que le viéramos á la cabeza de un grupo armado, tan pronto en la Artillería Bolívar como en la Brigada Esmeraldas; y enviando soldados de los diversos cuarteles pronunciados á combatir en el Ejido y la Magdalena con el Escuadrón Yaguachi, el Colegio Militar y la Escuela de Clases que aún no daban el grito salvador de: *¡¡ Viva la Constitución!!*

Infatigable en su labor, se lo ve ir á la casa del Dr. Carlos Freile Z., sacarlo de allí y conducirlo á la Artillería Esmeraldas, primero, y después al Municipio, en donde, después de firmar el Acta en que se reconocía á este Sr. como Encargado del Poder, recibe del Dr. Freile Z. la difícil comisión de tomar presos y conducir al Panóptico al General Alfaro y sus dos hijos.

Cumple el Sr. Moreno su cometido con la serenidad é hidalguía que le son peculiares, prendas á las cuales deben, seguramente, el estar aún con vida esos tres prisioneros; pues no cabe dudar de que, sin su valiosa intervención

y la de los Sres. Ministros de Chile y el Brasil, junto con la cooperación de nuestros compatriotas Sres. Federico Fernández Madrid y César Mantilla, el pueblo y el ejército habríanse hecho justicia por sí mismos, dando una severa lección á los mandatarios egoístas, ambiciosos y tiranos.

Bien conocida es del público entero la parte activa que el Sr. Moreno, en compañía del Sr. Ernesto Franco, tomó en aquella noche y en la madrugada del 12, para impedir el avance de las tropas, que desde Riobamba se dirigían á la Capital al mando del General Páez.

Digno es también de sinceros aplausos el pueblo de Quito, tan modesto como valeroso, tan sufrido como grande, que, al verse herido por el despotismo alfarista, sintió arder en el pecho su patriotismo legendario y, lleno de entusiasmo, abnegación y atrevimiento, realizó nobles proyectos.

Tampoco escatimaremos un recuerdo cariñoso á esos héroes sin nombre, á los humildes soldados que sucumbieron en la gloriosa jornada del 11 de Agosto: ellos levantaron su brazo para sostener en alto el estandarte de los libres: ellos terminaron la obra iniciada, por la ilustre personalidad de Emilio María Terán: ellos siguieron esa aureola luminosa que dejó en su marcha el malogrado General. . . . ¡¡Qué la bandera de la Patria ondee, al declinar la tarde, sobre esos sepulcros solitarios!!

Por lo que á nosotros atañe, la Historia imparcial dirá, más tarde, si, en defensa de la santa causa de la *justicia* y del *orden*, supimos cortejar á la muerte, sin vacilaciones ni temores.

Entre tanto, la evolución política del 11 de Agosto de 1911 es una saludable enseñanza de que por la senda de la *justicia* y del honor se coronan alturas y se alcanzan inmortalidad y grandeza. . . .

*Quito, Octubre de 1911.*

*Leopoldo Narváez.*

*J. Rubén Estrada.*

*Vicente D. Piedra.*

*Miguel A. Darquea.*

*Ulises Naranjo.*

